

jamiento á las amazonas, las mujeres del serrallo y los criados esclavos. Estas distintas habitaciones son de tiera secada al sol, y están cubiertas por un techo de bambúes que se prolonga sobre la fachada formando alero. Un solo cuerpo de edificio, debajo del cual se abre la puerta del palacio, la que da á la plaza mayor, tiene un primer piso encima de la planta baja. Allí encierra el rey sus riquezas; las paredes están tapizadas de *cauris* ensartados como las cuentas de un rosario, y que cuelgan del techo hasta tocar al suelo. En ninguna otra parte hemos visto tan extraño adorno.

El rey no tiene habitaciones particulares; vive sucesivamente en las casas de sus mujeres.

El conjunto del palacio está rodeado de una tapia de tierra seca de 15 á 20 pies de altura, en que se abren varias puertas, y de trecho en trecho, se presenta erizada de escarpas de hierro de que cuelgan cabezas humanas, algunas ya blanqueadas por el tiempo, otras cubiertas aun de algunos colgajos de carne, y otras recién cortadas.

Enormes montones de osamenta de elefante, se levantan delante de las puertas. Son sin duda trofeos de caza. Sin embargo, el respeto que inspiran á los naturales, que no se atreven á llevárselos, me hace creer que aquellos restos engendran alguna idea superstitiosa.

V.

Descripcion de Abomey.—El rey Ghezo.—Recepcion oficial.

Habíamos convenido en que antes de entrar en la ciudad almorzaríamos y nos vestiríamos en una casita situada muy cerca de la puerta, no debiendo empezar la recepcion oficial hasta despues de este prólogo.

A las once estábamos dispuestos, y casi al mismo tiempo resonaron sin ninguna ceremonia muchos disparos y los gritos de la muchedumbre. Un jefe, seguido de una escolta numerosa, vino á buscarnos, y nos condujo, echados en nuestras hamacas, al interior de la ciudad, debajo de un grupo de hermosos árboles donde habia preparados asientos y refrescos. Fue menester sentarnos y beber á la salud del rey, á quien una salva de artillería anunciaba en su palacio el homenaje que le tributábamos.

Llegaron luego muchos jefes guerreros seguidos de sus soldados. Cada una de estas partidas, compuesta de dos á trescientos hombres, estaba armada de fusiles ó de trabucos, y formada debajo de una bandera de muchos colores, groseramente pintada ó bordada de animales feroces ó fantásticos, tales como leones, leopardos, serpientes gigantescas, dragones, etc... Al llegar delante de nosotros todas las partidas hacian alto y se ponian de frente, y el jefe salia de las filas. Cubierto éste con sus vestidos

mas ricos, ornado de brazaletes de plata, insignia de su grado, y de sus mas preciosos grigris (amuletos), ejecutaban delante de nosotros, entre los aplausos de la multitud y de los guerreros, una especie de danza pírrica, cuyas contorsiones, algunas veces grotescas, nos hacian perder la gravedad que reclamaban las circunstancias. Concluida la danza, se dirigia al capitán, recibia sus cumplimientos y seguia su marcha hácia el palacio del rey.

Este extraño desfile duró mas de una hora, y cuando hubo concluido, volvimos á subir á nuestras hamacas para continuar la marcha. Nos detuvimos en la plaza del palacio, que estaba cubierta de guerreros y de una inmensa afluencia de pueblo que al vernos prorumpia en formidables vítores. Nuestros conductores nos hicieron dar dos vueltas por la plaza, sin duda por orden del rey, para satisfacer la curiosidad popular, y en seguida nos llevaron delante de la puerta principal del palacio.

Bajamos, las puertas se abrieron, las salvas de artillería y las aclamaciones se multiplicaron, todos los concurrentes se prosternaron hundiendo la frente en el polvo, y en el fondo de un vasto patio cubierto de hombres, percibimos al rey Ghezo rodeado de sus mujeres y de su guardia de amazonas, sentado á la sombra de grandes parasoles de seda, en una especie de trono. Avanzamos hácia él sombrero en mano; él se levantó, se nos acercó, y despues de habernos sucesivamente dado un apretón de manos á la europea, nos invitó con un gesto á sentarnos en sillones colocados delante de su trono.

A una seña que hizo con la mano todos los grandes jefes, que hasta entonces habian permanecido con la frente en el polvo, se levantaron y colocaron á su lado, pero puestos de rodillas.

El rey Ghezo, que tenia unos sesenta años de edad (sabido es que los negros no conocen su edad de una manera precisa), era de una estatura mas que mediana, andaba aun tieso y firme y no habia engrosado con esceso. Su continente era desembarazado y sus maneras afables, llevando el sello de cierta dignidad, menos rara en los jefes negros de lo que generalmente se cree. Su rostro, ligeramente picado de viruelas, no se referia al tipo africano sino por la exagerada prominencia de sus pómulos; la nariz era ancha y la boca bien trazada con labios algo gruesos y sensuales. Bajo una frente inteligente y muy desarrollada para un negro, los ojos pequeños, hundidos en las órbitas y con una manera de mirar habitualmente velada, brillaban instantáneamente con una chispa de aquella astucia felina particular á las razas aun salvajes, en que el disimulo y cierta crueldad son armas necesarias para su vida de luchas y de emboscadas continuas.

Estaba muy sencillamente vestido. Un manto de

seda cubria sus hombros y formaba nudo en la cintura; llevaba en la cabeza una especie de sombrero negro de alas anchas y con galon de oro, y en los pies sandalias bordadas de oro y plata; en el cuello un grueso collar de oro bastante bien trabajado, del cual colgaba una especie de braserillo muy labrado que sostenia algun venerado grigri.

El aspecto de la asamblea tenia en realidad algo de imponente. A la derecha del rey habia unas seiscientas mujeres de su guardia sentadas á lo turco sobre tapices, perfectamente inmóviles y con el fusil entre las piernas; detrás de ellas las líneas mas sombrías de las cazadoras de elefantes, vestidas de pardo y armadas con largas carabinas de cañon empavonado; á su izquierda las mujeres del serrallo, en número de unas doscientas, algunas de ellas apenas adolescentes, otras en todo el esplendor y apogeo de la belleza negra, algunas ya algo entradas en años, pero todas cubiertas de ricas sedas y con adornos de oro y plata; brazaletes en las piernas pendientes en las orejas, collares y cintas de abalorios y de coral, y por último, en pie detrás del sillón real, tres ó cuatro favoritas y la generala en jefe de la guardia femenina, que se distingue por sus armas, su actitud marcial, sus numerosos grigris de guerra, y como carácter distintivo de su grado, por varias colas de caballo atadas á su cintura, que al mas mínimo movimiento ondeaban encima de sus anchas y poderosas caderas.

Delante del rey, en las gradas del estrado en que se habia colocado su sillón, estaba de rodillas su hijo mayor y los principales ministros, á escepcion del primero de todos, que reúne en sus manos, como diríamos en Francia, las carteras del Interior y de Negocios extranjeros: se le llama el *mayo*. Se hallaba detenido en su casa por una indisposicion que su avanzada edad no le permitia desafiar, pues tenia por lo menos ochenta años. Pronto tendremos ocasion de hablar de él; digamos ahora algo de los otros.

El príncipe Bahadu, primogénito del rey, heredero presunto, era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, alto, vigoroso, de un cutis de color muy claro, casi cobrizo, particularidad que he observado varias veces, particularmente en una de las mas hermosas mujeres del serrallo, sin saber á qué causa atribuirla. El príncipe Bahadu, de un carácter poco espresivo y casi triste, me pareció de una inteligencia muy inferior á la de su padre, y mucho menos deseoso que éste de ver penetrar en sus Estados la civilizacion y las costumbres de los blancos. Pertenece al partido de la resistencia, de que el mayo es la cabeza, el partido que en otras partes, por ejemplo, en Turquía, se llama el antiguo partido nacional.

Entre los principales jefes presentes, el intérprete nos designó:

1.º El *miegan*, á la vez ministro de Justicia y ejecutor de las sentencias sin apelacion que pronuncia el rey. Vá siempre armado de un largo sable cuya hoja, ensanchada en su estremidad y vuelta mas pesada aun por un adorno extraño, una especie de pájaro que tiene encima, debe fácilmente derribar una cabeza de un solo golpe.

2.º El *cambodé*, especie de chambelan encargado de conservar el orden en las ceremonias, y de imponer silencio á los asistentes por medio de una campanilla chata que lleva colgada del cuello. Es tambien el introductor cerca del rey, de los extranjeros, y tiene en la mano, sin duda como insignia de su cargo un baston cuyo puño es una llave de plata curiosamente trabajada.

3.º El *tolonu*, encargado de vigilar la conducta de las amazonas y de las mujeres del serrallo. Goza hasta el mas alto grado de la intimidad del rey. Es el único á quien S. M. se digna hablar directamente cuando tiene que dar alguna orden. Examina al monarca la bebida para los numerosos brindis que se le dirigen en los dias solemnes, y prueba antes un poco del licor; despues tapa la cara de su amo con un pañuelo de seda, porque el rey no debe ser visto de nadie en el momento en que vacia ó afecta vaciar la copa. El tolonu lleva además una escupidera de plata para uso del soberano, y una especie de abanico ó espantamoscas de pluma. Es como se ve, uno de los oficiales mas ocupados de la casa real. El que á la sazón tenia este cargo era un hombre pequeño, de semblante jovial, bullicioso y hasta obsequioso, que prometia y mentia mucho; en una palabra, un cortesano completo.

4.º Algunos jefes de guerra, pero que no nos pareció que desempeñasen un papel muy importante, á lo menos durante nuestra permanencia en la corte del rey de Dahomey.

Cuando estuvimos sentados, el rey hizo una seña con la mano, y todos los grandes, prosternados á sus pies levantaron la cabeza, pero permaneciendo de rodillas, posicion que guardaron durante toda la ceremonia. Se estableció un profundo silencio, y el capitán Vallon, por medio del intérprete dió á conocer á Ghezo los motivos de nuestro viaje: «Su magestad el emperador de los franceses, deseoso de conservar la amistad de un monarca tan poderoso como el rey de Dahomey, cuya fama circula por toda la tierra, y de continuar relaciones mercantiles provechosas á las dos naciones, francesa y dahomeyana, envia á uno de sus jefes de guerra para cumplimentarle y ofrecerle presentes.»

Ghezo pareció quedar satisfecho de este breve discurso, y por órgano del tolonu, respondió el intérprete: «Que él sabia que los blancos eran hombres ricos y poderosos, que entre ellos los franceses tenian nom-

bradía por sus riquezas y su valor, que estaba muy complacido por las muestras de amistad que le daba el rey de los franceses, y que podíamos asegurar á éste que sus súbditos serian siempre bien acogidos en los Estados de Dahomey.»

Después se nos sirvieron en una mesa, colocada entre el rey y nosotros, refrescos contenidos en frascos de vidrio sacados de una rica bodega de licores de procedencia europea. A imitación de Ghezo, y siguiendo su ejemplo, cada uno de nosotros cogió un vaso, y le dirigimos un brindis que fue saludado con vítores de todos los asistentes y descargas de la artillería colocada en la plaza. Mientras el rey bebía con la cara tapada, la multitud nos hizo oír una especie

de ruido modulado, producido por la aplicación intermitente de los dedos á los labios. Se dirigió otro brindis á la salud del emperador, que fue seguido de las mismas manifestaciones.

Luego el cambodé tocó la campanilla colgada de su cuello, reclamó silencio con la palabra *dinaba* (callad) varias veces repetida, y cuando lo hubo obtenido, uno de los jefes, por orden del rey, repitió en voz muy alta el discurso del capitán Vallon. Unánimes y estrepitosas aclamaciones, entre las cuales se distinguía el nombre varias veces repetido del capitán Vallon, sucedieron á esta comunicación, y nos hicieron presumir que los dahomeyanos sentían muy halagado su amor propio al ver que la nombraría de



Fétiches de Dahomey.

su rey había atraído á su presencia embajadores de tan luengas tierras.

La conversación se hizo en seguida más íntima. El rey mandó preguntar á cada uno de nosotros nuestro nombre y nuestros grados. Al saber que yo era médico, me suplicó le diese remedios para el caso de que él cayese enfermo. Me dijo que tenía mucha confianza en la ciencia de los médicos blancos, porque hacía ya mucho tiempo que una de sus mujeres se había curado con unos polvos que le había dado un médico europeo. Le prometí enviarle otros iguales luego que nos volviésemos á hallar á bordo del *Dialmath*. En seguida se hizo traer, para mostrárnoslas, muy bellas armas inglesas y francesas, habiendo entre estas últimas una caja de pistolas con magníficos embutidos, que llevaban el nombre de Devismes, y una carabina con la marca de Saint-Etienne. Luego hizo exhibir ricas telas de seda y terciopelo, algunas piezas de aquellos antiguos y espléndidos damascos recamados de oro y plata, joyas, cristales, todas sus riquezas,

en fin, á las cuales prodigábamos elogios que le complacían mucho.

El día iba avanzando. Como estábamos fatigados, el capitán pidió permiso para retirarse. El rey se levantó entonces, le cogió del brazo, y después de haber pasado con él por delante de su guardia y reconocido dos obuses de montaña que el comandante Bonet le había regalado en 1852, salimos del palacio acompañados de los principales oficiales. La inmensa plaza estaba cubierta de gente que á nuestra aparición prorumpió en estrepitosos gritos, pero que se abrió respetuosamente delante de nosotros. Quiso el rey acompañarnos hasta el ángulo de la plaza donde habían quedado nuestras hamacas, y antes de separarse nos dió un apretón de manos.

Protegidos por nuestra escolta contra la importuna curiosidad de la muchedumbre, ganamos en pocos instantes la habitación del mayo, que se nos había designado para alojarnos durante nuestra permanencia en Abomey.

VI.

Permanencia en Abomey.

La habitación del mayo, situada no lejos del palacio del rey, es como todas las otras una aglomeración de casitas separadas por un laberinto de patios

estrechos y de pasadizos tortuosos. No sin alegría vimos que las paredes de la que nos estaba destinada se hallaban cubiertas de frescos hechos con carbon, que con un chiste enteramente francés reproducían los cargos de algunos grandes de la corte del rey de Dahomey. Se debían aquellos frescos *sui generis* á algu-



El rey Ghezo y el príncipe real de Bahadu.

nos oficiales que acompañaban al comandante Bonet cuando su viaje á Abomey en 1852.

Aquellos viajeros habían también grabado sus iniciales en la corteza de un corpulento árbol que ameniza el patio de aquella casa, destinada sin duda á servir de alojamiento á los extranjeros distinguidos. Como era demasiado pequeña para los tres, el salón y el comedor se hicieron comunes á todos, y nos alojamos separadamente en distintas casitas puestas por el

mayo á nuestra disposición. La que yo ocupaba estaba sombreada y embalsamada por los dos naranjos más bellos que he visto en la vida, cubiertos á la vez de flores y de frutos, y de un vigor y tamaño poco comunes. Tenían al menos 30 pies de altura y de 3 á 4 de circunferencia.

Desembarazados de nuestros uniformes, acabábamos apenas de comer, cuando nuestro huésped nos hizo pedir el favor de presentarse. Vimos entonces

llegar, apoyado en su baston, á un anciano encorvado bajo el peso de los años, seco, arrugado, descarnado, sin dientes, asmático, tosiendo y esputando, pero cuyos ojos vivos, penetrantes y movibles y labios delgados revelaban la astucia negra elevada á su mayor grado. Halló excusas en el mal estado de su salud para que le disimulásemos que se presentase sin aparato; se informó de si nos faltaba algo, y se puso enteramente á nuestra disposicion. La conversacion giró por algun tiempo sobre la brillante acogida que nos habia hecho el rey, y despues el viejo sagaz trató de hacer hablar al capitán acerca de los motivos reales de nuestro viaje, pero de nada le sirvió su diplomacia. Se retiró luego diciéndonos que esperaba volvernos á ver al día siguiente en la morada del rey. De antemano sabíamos que estaba poco dispuesto á favor de los franceses, á los cuales preferia mucho los portugueses, que en los *felices* tiempos en que florecia la trata le colmaban de presentes. Tan inteligente como avaro, ejercia mucha influencia sobre Ghezo, de quien era el mas antiguo consejero. Encargado por el rey de percibir los derechos de aduanas sobre las mercancías de esportacion y de importacion, arrastraba sin cesar á Ghezo á nuevas exigencias respecto de los tratantes, los cuales le odiaban cordialmente. Aunque la escritura y los guarismos le eran desconocidos, como á todos los dahomeyanos, se daba una cuenta perfectamente exacta de las operaciones mas complicadas por medio de guijarros ó chinitas de que se hallaba siempre abundantemente provisto, disponiéndolas y arreglándolas á su manera. Tuvimos poderosas razones para creer que su enfermedad no era mas que una ficcion, queriendo hablarnos á solas y no en presencia del rey, para investigar el motivo de nuestro viaje, pues tenia dirigiésemos á su amo algunas quejas relativas á la factoría francesa. Luego asistió á todas nuestras entrevistas con el rey, y despues de muchas entrevistas inútiles, tuvimos necesidad de obtener una audiencia secreta y nocturna para hablar á Ghezo sin que el mayo estuviese delante.

Al día siguiente, 18, en que permanecimos en nuestro alojamiento, los esclavos del rey nos trajeron por la mañana de parte de éste y de algunas de sus mujeres abundantes provisiones, pero por desgracia estaban ya preparadas al estilo culinario del país, lo que repugna no poco á los paladares europeos. Las provisiones consistian en aves de corral hechas pedazos y cocidas en aceite de palma, bolas de pasta de cazabe ó de maiz envueltas en hojas de plátano, una especie de ensalada de espinacas, etc., etc.

Todo venia en calabazas ó *guiros* de una limpieza suma, lo que nos permitió probar su contenido, pero nos fue imposible vencer la repugnancia que nos causaba el sabor acre y rancio del aceite de palma.

El capitán hizo distribuir estos víveres á nuestra escolta, la cual no se hizo de rogar para honrar la cocina real. La cortesanía del rey no se desmintió un solo instante en todo el tiempo que permanecimos en Abomey; pero advertido sin duda de que su cocina nos era antipática, nos envió á mas de volatería viva, algunas veces un buey y cabritos.

Algunos jefes siguieron su ejemplo, y hasta vinieron á visitarnos, con la esperanza probablemente de recibir algunos regalos; pero se les frustró su propósito, porque conociendo nosotros la avaricia de los negros, opinamos, que no pudiendo contentarles á todos, lo mejor era no suscitar envidias.

Me aproveché de aquel día de reposo para ir á visitar la ciudad, acompañado del intérprete y de uno de los jefes de nuestra escolta, á quien en mi concepto, se habia conferido la mision de no dejarme dar sin él un solo paso.

Las casas de Abomey son anchas y bastante regulares, pero están poco animadas. Dí la vuelta alrededor del palacio del rey, y crucé á la sombra de hermosos árboles los mercados en que se espenden los artículos de su uso cotidiano. En una tienda encontré, causándome gran sorpresa, mercaderes moros, con el turbante árabe en la cabeza, y cubiertos con albornoces de lana blanca. Los rosarios que recorrían con los dedos hacían reconocer su condicion mahometana, pero no entendiendo mi intérprete su lengua, quedé reducido á conjeturas acerca de su nacionalidad exacta. Sin embargo, me pareció comprender que habian venido de Trípoli ó de Egipto, y que no era la primera vez que hacían aquel viaje, de lo que podría deducirse que no es imposible penetrar por el Dahomey en los grandes mercados del interior, tales como *Sackatu* y *Asben*. El camino seria mucho mas corto y menos peligroso que el seguido por el doctor Barth y sus compañeros en su último viaje.

Por la tarde fuimos á palacio á hacer desvalijar y colocar bajo una galería los presentes destinados al rey. Consistían en magníficas piezas de sederías y de damascos recamados de oro, en muebles de lujo, mesas, sillones, espejos y cristales, cajas de perfumería y de confitería, y en un gran número de litografías iluminadas que representaban varios episodios de la guerra de Oriente. Habia tambien el retrato del emperador y de la emperatriz, doce pabellones franceses de estambre, análogos á los de los buques de la armada, y cuatro banderas, francesas tambien, de seda con franjas de oro, cuya asta coronaba el águila imperial, y en cuya faja blanca se hallaba timbrado el elefante de Dahomey. Por petición espresa del rey, que habia manifestado deseos de ver algunos ídolos blancos, le entregamos ocho estampas de santos, de medio tamaño natural, de carton-pasta pintado y dorado, que obtuvieron el mayor éxito.

El rey no asistió á esta exhibicion, pero habia enviado para presenciarla al mayo, al cambodé y al tolonou. Dos mujeres, que vimos despues varias veces al lado del rey, la presenciaron igualmente. Eran dos negras altas, de veinte y cinco á treinta años, de semblante bastante bello, con muy hermosos ojos, pero de una obesidad tan excesiva que era casi monstruosa. Las regalamos algunos botes de perfumería y de dulce, pero cuando nos acercábamos á ellas, huían y chillaban. Despues de haber examinado suficientemente todos los regalos destinados al rey, de que sin duda contaban ellas participar, se retiraron, y nosotros tambien regresamos á nuestro alojamiento.

El 19, á cosa del medio día, el rey nos mandó á decir que deseaba recibirnos en audiencia enteramente particular. Seguimos inmediatamente á su mensajero, el cual nos hizo entrar en palacio por una puerta pequeña oculta bajo grandes árboles, al pie de los cuales se hallaban hacinadas enormes osamentas de elefantes. El rey nos recibió en la habitacion de una de sus favoritas, rodeado solamente de algunas personas de su intimidad, hombres y mujeres, en cuyo número se hallaba tambien el mayo. Nos recibió muy afablemente, dándonos las gracias por los regalos, y se hizo explicar el uso de varios objetos que le eran desconocidos, tomándose él mismo la molestia de hacer notar á los circunstantes su hermosura y su precio. Las litografías de las diversas escenas de la expedicion á Crimea escitaron su atencion vivamente, y como yo habia asistido á algunas de ellas, le tuve que dar, segun su deseo, esplicaciones circunstanciadas. El conocia, por lo demás, el resultado de esta guerra, y sabia, dijo, que nosotros habíamos representado en ella un papel mucho mas brillante que nuestros aliados los ingleses. Por lo demás, parecia comprender difícilmente cuáles habian sido los motivos y la razon, porque segun él, la guerra no es mas que un medio de engrandecimiento territorial ó una ocasion de pillaje.

Despues, notó las condecoraciones del capitán Vallon, y le preguntó qué eran aquellos amuletos ó grigris.

—«Son, le respondió, las recompensas que los monarcas blancos confieren á los guerreros que han mostrado valor en las batallas.

—Yo tambien, replicó, doy á los mas bravos de mis jefes muestras de distincion.»

Nos hizo ver, en efecto, pendientes del cuello de algunos de los asistentes, placas de plata mas ó menos cinceladas y adornadas, sostenidas por cadenas del mismo metal. Nos ofreció darnos á cada uno una de estas placas, y habiendo Mr. Vallon dibujado una especie de condecoracion con el elefante de Dahomey en el centro, se convino en que el rey las haria eje-

cutar por sus obreros, y nos las enviaria antes de nuestra partida. Pero fuese por olvido ó por otra causa, no cumplió su promesa.

La conversacion fue siendo cada vez mas íntima. Nos hizo dirigir mil preguntas sobre el país y usos de los blancos. La descripcion abreviada de París y de los grandes puertos de mar, el movimiento, el órden que reinaba, el número y dimension de las casas y palacios, los pormenores sobre nuestro poder militar y marítimo, parecieron interesarle en el mas alto grado. Pero la idea que nosotros tratamos de darle de los caminos de hierro escedió sin duda los límites de su inteligencia ó de su imaginacion, porque una sonrisa de incredulidad vagó por sus labios cuando le dijimos que se podría, en tres horas, por este medio, trasportar muchos miles de soldados y de viajeros á una distancia igual á la que separa Abomey del mar. La costumbre de la poligamia está encarnada de tal modo en las costumbres de estos pueblos, que no pudo reprimir su hilaridad, de la cual participaron todos los presentes hombres y mujeres, al saber que el emperador de los franceses no tenia mas que una mujer, lo mismo que sus súbditos.

El nombre del emperador le recordó el de Napoleón I, del cual conocia la prodigiosa historia, si bien habiéndola aprendido probablemente de algunos ingleses, creia que el gran capitán, hecho prisionero por los ingleses en una última batalla, habia terminado los días de su gloriosa carrera cautivo en Inglaterra. Aprovechó la ocasion que se le presentaba de hablarnos de los engrandecimientos considerables que el reino de Dahomey debia á las empresas victoriosas de su predecesor y á las suyas. Ya he referido anteriormente estas conquistas y su importancia. Ghezo, que se estendia sobre este asunto con una complacencia visible, nos contó que, recientemente aun, la poderosa tribu de los nagos, cuyo territorio confina con el suyo por Levante, se le habia sometido. Al día siguiente, en efecto, debíamos ver á los embajadores de aquella poblacion solicitar la paz, dándose por vencidos.

Ghezo atribuía una parte de sus triunfos militares á sus Amazonas, cuyo valor y perseverancia aplaudia con justicia. En la última guerra contra los nagos, el ejército dahomeyano, mandado por uno de mejores jefes, habia intentado sin éxito el asalto de una de las principales poblaciones del enemigo. Rechazado con pérdidas considerables, pedia á gritos la retirada, y el general derrotado iba á retroceder, cuando las Amazonas declararon que aunque no quedase ya nadie mas que ellas, no levantarían el sitio. Esta atrevida resolucion de las mujeres avergonzó á los hombres, y un nuevo ataque, conducido con mas vigor, les hizo dueños de la poblacion, cuya toma decidió el resultado de la guerra. Pero el general dahomeyano